

Apuntes sobre bibliofilia: el caso del emperador Juliano

Notes on bibliophilia: the case of the emperor Julian

Alberto J. QUIROGA PUERTAS

Universidad de Granada

aquiroga@ugr.es

Resumen

Este artículo persigue aportar algunos matices sobre la concepción que de la bibliofilia y las bibliotecas se tenía en el periodo tardo-antiguo. Se presta especial atención a las referencias a libros y bibliotecas que el emperador Juliano hizo en su obra, dado que esas alusiones esconden una intencionalidad política y auto-representativa.

Abstract

This paper aims to shed some light on the understanding of the role of bibliophilia and libraries in Late Antiquity. Particular attention is paid to the references to books and libraries found in the emperor Julian's works, since these betray a political and self-presentation purpose.

Palabras clave: Libros en el mundo antiguo, "hombre-libro", bibliofilia, emperador Juliano

Key words: Books in Antiquity, "book-man", bibliophilia, emperor Julian

* Agradezco a Carlos Martínez Carrasco el haberme permitido leer su trabajo "Bibliotecas del desierto: el libro y el monacato oriental (siglos IV-VII)" antes de que aparezca publicado. De igual modo, agradezco al profesor Pedro Pablo Fuentes González sus sugerencias y correcciones.

εἰς τὰ βασιλεία, José María, εἰς τὰ βασιλεία

Somos seres metafóricos, como explicó en varias de sus obras el filósofo del lenguaje Ted Cohen¹. Como tales, necesitamos de las metáforas a modo de medio de comunicación que trascienda lo meramente enunciativo para intentar expresar emociones y sentimientos que, en muchas ocasiones, son renuentes a su exteriorización mediante palabras. En mi caso, al recordar a José María Camacho, la metáfora que se me viene a la cabeza con más fuerza es la del “hombre-libro”. Bibliófago al tiempo que bibliófilo, pocas personas como él eran capaces de entender lo que implica tener un libro entre las manos y, sobre todo, en la mente y en el ánimo. No me refiero solamente a su capacidad para recitar poemas de memoria de cualquier periodo de la literatura greco-latina y española, o para apuntar con precisión una cita de Heráclito o de cualquier otro de sus autores predilectos. Me refiero a que José María poseía esa rara cualidad gracias a la cual el libro, entendido como el territorio en el que se desarrollan libremente todas las experiencias humanas (“tanto las que son en cuanto que son, como las que no son en cuanto no son”, apostillaría José María parafraseando a Protágoras), deviene en un atributo inherente a la persona. No hablo, por lo tanto, de un intelectualismo epidíctico, sino de una poco frecuente habilidad para aprehender y habitar los libros.

Esa figura del “hombre-libro”, ya sea como epítome de la cultura literaria, ya sea como un ingenuo anhelo del enciclopedismo representado por los protagonistas de *Bouvard y Pecuchet* de G. Flaubert, ha tenido cierta proyección en la literatura contemporánea. Uno de los referentes más claros de este ideal se halla en la novela *Auto de fe* (*Die Blendung*, 1935), del premio Nobel búlgaro Elias Canetti. Si la empresa emprendida por los personajes flaubertianos resulta tan cándida como quimérica, las peripecias de Peter Klein, el “hombre-libro” protagonista de la obra de Canetti, se acercan más al trampantojo literario. Reflexionando sobre el ethos de Klein, un sinólogo que rehuía el contacto con el mundo exterior con tal de no abandonar su biblioteca de más de 25.000 volúmenes, Canetti escribió lo siguiente: “Pues así, como hombre-libro, lo tenía yo ante mis ojos, a tal punto que su relación con los libros era mucho más importante que él mismo. Estar compuesto de libros era su único atributo por entonces: no tenía ningún otro”². José María Camacho tenía otros muchos atributos además de su

1. T. COHEN, *Thinking of Others: On the Talent for Metaphor*, Chicago, 2008.

2. E. CANETTI, *Auto de fe* (trad. J.J. del Solar), Madrid, 2006, p. 595.

pasión por la literatura y por los libros, pero, en mi opinión, de entre todos ellos descollaba ese sentimiento bibliófilo que acabó por subsumir su personalidad.

En la Antigüedad, sin embargo, la figura del bibliófilo fue percibida de una manera distinta respecto a como se aprecia actualmente. De hecho, son pocas las entradas que arroja una búsqueda en el TLG del término φιλόβιβλος. La baja recurrencia del término se entiende si se tiene en cuenta el largo y oneroso proceso de desarrollo y de evolución del libro en la civilización griega. Como ha expuesto Luis Gil, la cultura libresca en el mundo griego tuvo que sortear las críticas y prejuicios de platónicos, estoicos y cínicos antes de asentarse, ya para siempre, como bien material de la humanidad a partir del periodo helenístico³. La primera atestiguación de φιλόβιβλος pertenece a la descripción de la Tróade en el libro XIII de la *Geografía* de Estrabón. En el marco de la muy azarosa y accidentada transmisión de la biblioteca de Aristóteles y Teofrasto, el geógrafo relata que Apelicón de Teos compró la biblioteca peripatética, que se encontraba en mal estado por la incuria de los antiguos propietarios⁴. “Sin embargo”, se lamenta Estrabón (XIII.1.54), “Apelicón era un bibliófilo más que un filósofo. Por ello, aunque intentó corregir los trozos raídos, transfirió lo escrito a una copia nueva sin completar bien los vacíos, y publicó los libros repletos de errores”. El comentario sobre la impericia filológica del pudiente Apelicón cumple dos funciones en este pasaje de Estrabón: en primer lugar, revela que la bibliofilia no conducía necesariamente a la adquisición de cultura ni de los valores que actualmente se adscriben a la posesión de libros, sino que podía derivar en la perpetuación de errores adquiridos durante el proceso de transmisión textual. En segundo lugar, se ha propuesto que Estrabón instrumentalizó la compra de la biblioteca por parte de Apelicón para demostrar cuánto había mejorado la ecdótica en su tiempo gracias a los intelectuales con los que él mantuvo una estrecha relación, incapaces de incurrir en los descuidos que Estrabón imputó a Apelicón⁵.

El segundo ejemplo del uso de φιλόβιβλος proviene de *Sobre los falsos profetas*, una homilía erróneamente atribuida a Juan Crisóstomo (349-407), uno de los Padres de la Iglesia. Escrita entre los siglos VII-VIII, la homilía censura las posturas cristológicas de un grupo de herejes tras las disputas doctrinales

3. L. GIL, *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la Antigüedad*, Madrid, 1995, pp. 13-39.

4. Sobre el destino de la biblioteca peripatética, vid. Y. LEE TOO, *The Idea of the Library in the Ancient World*, Oxford, 2010, pp. 114-115.

5. H. LINDSAY, “Strabo on Apellicon’s Library”, *Rheinisches Museum für Philologie* 140.3-4 (1997), p. 298.

surgidas a raíz del concilio de Calcedonia (451)⁶. Al comienzo de la homilía, el autor se lamenta de la presencia de falsos profetas y falsos maestros que recurrían a la autoridad de la segunda epístola de Pablo a Timoteo, en la que se dice que (2Ep. Ti. 3.13) “los hombres malvados y embaucadores irán a peor, engañando y siendo engañados”. El predicador continúa la homilía insistiendo en las numerosas ocasiones en las que recordó a su parroquia las precauciones que debían tomar contra este tipo de personas (PG 59.553.39-40): “Sé que lo recordáis, especialmente los esforzados, los que amáis las Escrituras (φιλόβιβλοι) y los que amáis a Cristo (φιλόχριστοι)”. En este contexto, φιλόβιβλοι debe traducirse como “amante de la Biblia, amante de las Escrituras”, y no como “amante de los libros”. Así se evidencia en la paráfrasis que el anónimo homilista hace del *Evangelio de San Juan* [Eu. Io. 14.21] (PG 59.553.41-44): “El que ama las Escrituras (φιλόβιβλος) podría ser llamado, con justicia, amante de Cristo (φιλόχριστος), según lo dicho por el Señor «El que me ama, observa mis palabras; el que me ama, será amado por mi padre»”. En este texto pseudocrisostomiano, φιλόβιβλος ha sufrido un proceso de resemantización por su inclusión en un contexto cultural y religioso ajeno a aquel en el que el término fue acuñado. Mientras que en la *Geografía* de Estrabón φιλόβιβλος fue empleado con el fin de relatar un episodio en la transmisión de la biblioteca peripatética y para poner de relieve la pertenencia del geógrafo a los círculos culturales del momento, en *Sobre los falsos profetas* el autor ubica bajo otra categoría el sentido de φιλόβιβλος, que ya no se refiere a la pasión por los libros, sino a la fe ciega por el contenido de un solo libro.

La última aparición del término φιλόβιβλος en el TLG se encuentra en la entrada que hace la *Suda* sobre Damófilo, un filósofo y sofista del siglo II d.C. De entre los libros que le atribuye la enciclopedia destaca uno titulado *El bibliófilo: sobre los libros dignos de obtenerse* (Sud. 52). Son pocas las noticias que tenemos de Damófilo, pero a partir de la referencia a su quehacer en el *Misopogon* del emperador Juliano, L. van Hoof y P. van Nuffelen han inferido que su nombre se relacionó con obras de compilación literaria y de divulgación carentes del calado intelectual que se le podría presuponer a un bibliófilo. El *Misopogon* fue una invectiva que Juliano compuso para denigrar a los antioquenos por su carácter eminentemente festivo y por haberle dedicado punzantes textos en los que satirizaban su carácter adusto. Para enfatizar el distanciamiento que sentía respecto a la ciudad siria, Juliano añadió una anécdota en la que Catón el Joven se sintió también zaherido por los antioquenos (*Mis.* 358a-359b). En el

6. A. WHEALEY, “*Sermo de Pseudoprophetis* of Pseudo-John Chrysostom: A Homily from Antioch under Early Islamic Rule”, *Byzantium* 69.1 (1999), pp. 178-186.

contexto de este *exemplum* histórico, Juliano informa que (*Mis.* 358c-d) “Damófilo de Bitinia escribió obras de este tipo en las que, tras realizar una selección de muchos autores, compuso escritos agradabilísimos para el joven al que le gustan las historias y para el anciano. A la vejez, en efecto, le encanta regresar a la curiosidad de los jóvenes cuando ya han pasado la juventud. Por este motivo, creo, sucede que los jóvenes y los ancianos son, en la misma medida, amantes de los relatos”⁷. L. van Hoof y P. van Nuffelen han contextualizado la referencia al enciclopedismo libresco de Damófilo al destacar que Juliano adopta un tono irónico con el fin de subrayar la dimensión divulgativa de la obra de Apelicón, que atesoraba libros pero que no era capaz de interactuar con ellos del mismo modo que un verdadero filósofo, como Juliano, habría hecho. De esta manera, Juliano añadía a su crítica a Antioquía otro estrato cuya intención era retratar la capital siria como un pueblo con una comprensión lectora poco desarrollada que sólo les permitía acercarse a la literatura con una actitud hedonística (*ἡδίστους* es el término que usa Juliano para calificar los escritos de Damófilo)⁸.

Así pues, la imagen del *φιλόβιβλος* como “hombre-libro” del perfil de Don Quijote o el protagonista de la novela de Canetti no operaba en el imaginario cultural griego⁹. Al contrario, el recurso a la bibliofilia buscaba manifestar que la ostentación de un voluminoso catálogo de libros no conducía necesariamente al conocimiento. De este modo, la posesión de libros se acabó por relacionar con la tendencia a acumular objetos cuyo fin consistía en reforzar la construcción de la identidad en determinados círculos culturales, como se ha comprobado en los casos de Apelicón y Damascio. Aunque sin valerse del término *φιλόβιβλος*, la literatura griega ofrece numerosos testimonios que muestran que la concepción de la bibliofilia en la Antigüedad no acostumbraba a relacionarse con la esfera epistemológica del mundo cultural, sino que parecía actuar como un marcador

7. Traducciones de Juliano tomadas de J. GARCÍA BLANCO, *Juliano. Discursos I-V*, Madrid, 1979, y *Juliano. Discursos VI-XII*, 1982; J. GARCÍA BLANCO y P. JIMÉNEZ GAZAPO, *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, Madrid, 1982.

8. L. VAN HOOFF y P. VAN NUFFELEN, “No Stories for Old Men: Damophilus of Bythnia and Plutarch in Julian’s *Misopogon*”, en A.J. QUIROGA PUERTAS (ed.), *The Purposes of Rhetoric in Late Antiquity. From Exegesis to Performance*, Tübingen, 2013, pp 209-222.

9. Con todo, en otras culturas antiguas, el “hombre-libro” tuvo una presencia más relevante. Uno de los ejemplos más llamativos procede del mandeísmo, una secta gnóstica surgida en los primeros siglos de nuestra era, en la que existía una figura de carácter místico llamada Dinanukht, representada como mitad hombre y mitad libro que se leía a sí misma sentada en el océano. Vid. J.J. BUCKLEY, *The Mandeans: Ancient Texts and Modern People*, Oxford, 2002, pp. 45-46. Algunos de los temas que aborda Borges en su obra *La biblioteca de Babel* ya aparecen prefigurados en los relatos referidos a Dinanukht.

discursivo que advertía del escaso acervo cultural del φιλόβιβλος en cuestión. En uno de sus frecuentes retratos paródicos del escenario cultural del siglo II d.C., Luciano de Samósata dedica una invectiva a un ignorante bibliófilo (*Ind.* 1): “Pues crees que parecerás ser alguien a nivel cultural porque te esfuerzas por comprar los mejores libros (...) Pero, sobre todo, es que ni compras los mejores, sino que te fías de los que se les ocurre elogiarte, y eres presa fácil de los que embaucan en negocios de esta índole sobre libros y un tesoro listo para sus vendedores”¹⁰. Este anónimo bibliófilo es retratado por Luciano como un ignorante arribista dada su pretensión de entrar en el círculo de los polímatas y *pepaideumenoí* que conformaban las élites intelectuales del periodo imperial, a pesar de haberse dotado de un barroco attrezzo libresco que funcionaba como un escenario en el que no sabía cómo actuar¹¹. Con una intencionalidad similar, Ateneo de Náucratis informa en su *Banquete de los eruditos* que el gramático Dídimo fue apodado el “olvida-obras” (4.139c, βιβλιολάθας) por ser el autor de una obra tan prolija (unos tres mil quinientos títulos) que él mismo acababa por olvidar lo que había escrito.

Estos textos forman parte de la azarosa historia de la consideración del libro en la Antigüedad como un producto de tecnología cultural cuyo estatus fue adquiriendo un rango superior con el transcurso del tiempo y con los cambios en el modo de catalogar y ordenar el conocimiento¹². En el marco de este campo de estudio, puede ser provechoso abordar cómo se desarrolló la bibliofilia en la Antigüedad tardía, un periodo marcado por la relación entre dos códigos culturales representados, respectivamente, por unos λόγοι que albergaban el abrumador legado cultural del helenismo tardío y por el Λόγος de un texto sagrado, la Biblia. Es en este contexto en el que destaca la figura del emperador Juliano. Polarizado y mistificado a lo largo de la historia como pocos personajes de la Antigüedad,

10. Traducción de J.L. NAVARRO, *Luciano. Obras, vol. II*, Madrid, 1988.

11. Y. LEE TOO, *The Idea of the Library in the Ancient World*, Oxford, 2010, pp. 83-115. La monografía de K. ESHLEMAN, *The Social World of Intellectuals in the Roman Empire. Sophists, Philosophers and Christians*, Cambridge, 2012 es un magnífico acercamiento al escenario cultural del Alto Imperio romano. Para el *Zeitgeist* cultural de la época tardo-antigua, J. BOUFFARTIGUE, *L'Empereur Julien et la culture de son temps*, Paris, 1992, y R. GOULET, *Eunape de Sardes. Vies de philosophes et de sophistes*, Paris, 2014, vol. I, pp. 125-293 constituyen una lectura obligada.

12. Dichos cambios han sido analizados desde perspectivas academicistas (e.g., G. CAVALLO, *Libri, editori, e pubblico nel mondo antico*, Bari, 1975), ensayísticas (e.g., L. GIL, *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la Antigüedad*, Madrid, 1995.), socio-culturales (J. KÖNIG y T. WHITMARSH, “Ordering Knowledge”, en J. KÖNIG y T. WHITMARSH (eds.) *Ordering Knowledge in the Roman Empire*, Cambridge, 2007: 3-40) y divulgativas (e.g., I. VALLEJO, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, 2019).

Juliano ha pasado a la posteridad con el sobrenombre de “el Apóstata”, apelativo que habla más del sesgo ideológico de quienes así lo tildaron que de la propia biografía del emperador. Ni su experiencia militar en las Galias, donde consiguió importantes victorias para el Imperio Romano (*e.g.*, la batalla de Estrasburgo del 357), ni su actividad como legislador cuando fue emperador en solitario desde finales del 361 hasta junio del 363, ni su voluminosa obra literaria (es el emperador romano del que conservamos un mayor número de obras) han conseguido contrapesar el abrumador ascendente que sus creencias en los dioses tradicionales ha ejercido sobre su consideración en la cultura occidental.

Juliano nació en Constantinopla (331-332) durante un periodo especialmente turbulento. Cuando en el 337 murió su tío, el emperador Constantino, las luchas por la sucesión en el poder desembocaron en el asesinato de nueve miembros de la dinastía constantiniana (entre los que se encontraba el padre de Juliano) y varios altos cargos de la administración imperial de los que se sospechaba que podrían reclamar el trono. Aunque hay voces discordantes, es *communis opinio* que Constancio II (uno de los hijos de Constantino y, por lo tanto, primo de Juliano) planificó esta purga de potenciales candidatos a la púrpura imperial. Huérfano de padre y madre desde los cinco años de edad, Juliano fue puesto bajo la tutela de varios instructores. El obispo Eusebio de Nicomedia, el eunuco de origen escita Mardonio, y el obispo Jorge de Capadocia se ocuparon de su formación en distintos periodos. Desde el 342 al 348 permaneció junto con su hermanastro, Galo, en la residencia imperial de Macellum en la lejana Capadocia. Tras obtener permiso para abandonar este periodo de aislamiento disfrazado de una etapa de formación en la fe y en la cultura cristiana, Juliano inició un periplo a lo largo del Mediterráneo durante el que profundizó en su conocimiento de la *paideia* clásica. En Constantinopla, Nicomedia, Pérgamo, Éfeso y Atenas se relacionó con la intelectualidad pagana de mediados del siglo IV (*e.g.*, con el sofista Himerio, el filósofo Temistio, los neoplatónicos Máximo de Éfeso y Eusebio de Mindo), si bien se vio obligado a mantener la apariencia de seguir profesando el cristianismo dado el paulatino proceso de criminalización de las manifestaciones culturales paganas a lo largo del siglo IV. En el año 355, Juliano fue proclamado César por su primo Constancio II. Tras cinco años de sorprendentes éxitos militares en las Galias, usurpó el poder imperial en el 360 cuando aceptó ser nombrado emperador por los soldados apostados en París¹³. El enfrentamiento bélico contra su primo finalmente no se produjo porque este murió a finales del

13. Sobre la usurpación de Juliano, vid. A. OMISSI, *Emperors and Usurpers in the Later Roman Empire: Civil War, Panegyric, and the Construction of Legitimacy*, Oxford, 2018, pp. 193-222.

año 361. Ya como emperador en solitario, Juliano abordó un plan de reformas a todos los niveles que perseguía revertir las políticas pro-cristianas iniciadas con Constantino y reforzadas por Constancio II. Sin embargo, su proyecto de creación de un neohelenismo de cuño neoplatónico se truncó con su muerte en junio del 363 durante la campaña que emprendió contra el imperio persa.

Es, precisamente, como manifestación de ese proceso de creación de un neohelenismo cultural y religioso cuando la bibliofilia cobra protagonismo en las obras de Juliano y en fuentes afines. Fascinado por convertirse en un Marco Aurelio neoplatonizado, Juliano se afanó, desde su periodo como César (355-360), por representarse como un gobernante ilustrado. En la descripción que de sí mismo realizó en uno de sus escritos más particulares, el *Misopogon*, Juliano añadió al catálogo de los hábitos, que tan peculiar lo hacían a los ojos de los habitantes de Antioquía, el hecho de que “mis dedos están casi siempre llenos de tinta” (*Mis.* 339b: τὸς δακτύλους ὑπὸ τοῦ καλάμου τὰ πολλὰ ἔχω μέλανας). Esta gráfica alusión a su frenética dedicación a la literatura y a la escritura debe contextualizarse en el marco de las opiniones divergentes que generó su confeso amor por las letras. Gran parte de la tradición historiográfica cristiana se burló de sus producciones literarias. En el siglo V, el historiador de la Iglesia Sócrates Escolástico censuró *Los Césares*, una ingeniosa obra satírica en la que Juliano inventa un concurso organizado por los dioses para determinar quién ha sido el mejor gobernante desde Alejandro Magno hasta Constantino. “El emperador, por su parte, crecido en su vanidad (τὸ κενόδοξον)”, censura Sócrates (*HE* III.1.57), “ridiculizó a los emperadores que lo precedieron en la obra que tituló *Los césares*”¹⁴. Esta crítica, epidérmica por su incapacidad de reconocer los méritos de la obra de Juliano, continúa cuando Sócrates reprocha a Juliano que compusiera *Contra los galileos*, un tratado conservado de manera fragmentaria en la refutación al mismo que compuso Cirilo de Alejandría. “Movido de semejante talante compuso también sus escritos contra los cristianos”, apostilla Sócrates desde el chovinismo religioso tan propio de la historiografía cristiana tardo-antigua.

No debe interpretarse la acusación de vanidad como un tópico superficial. La κενοδοξία, entendida como un término afín a los conceptos de “competencia” y “vanagloria”, constituyó uno de los ejes temáticos de la obra de Sócrates. En opinión del historiador, la κενοδοξία y la φιλοεικία que embriagaron a los líderes de la jerarquía eclesiástica desde el siglo IV habían devenido en un afán de notoriedad en busca de halagos vacuos que resultó en los numerosos cismas internos

14. Traducción de F.A. GARCÍA ROMERO; F.J. ORTOLÁ SALAS y J. RITORÉ PONCE, *Sócrates de Constantinopla. Historia Eclesiástica*, vol. 1, Madrid, 2017.

que fragmentaron el cristianismo tardo-antiguo¹⁵. De este modo, la inserción de la κενοδοξία en la crítica de Sócrates Escolástico perseguía degradar las dotes literarias de Juliano, asimilado en el relato del historiador a un arribista en el ámbito cultural, más motivado por competir por la gloria literaria que por enseñar. El historiador conocía que esa era el tipo de figura intelectual con la que Juliano quería evitar ser asimilado. La trivial κενοδοξία que presidía las relaciones entre sofistas, oradores y filósofos en el periodo imperial y tardo-antiguo constituyó un paradigma cultural del que Juliano quiso desligarse. Los agones relatados por Filóstrato en su *Vidas de los sofistas* o por Eunapio en sus *Vidas de los sofistas y filósofos* reflejaban un periodo durante el cual la notoriedad en el panorama cultural se alcanzaba gracias a rimbombantes recitales oratorios complementados por una personalidad extravagante. Frente a este estereotipo de impostación cultural, Juliano rehuía cualquier tipo de asimilación a las figuras culturales con las que pudiera solaparse su actividad como filósofo. En este sentido se expresa cuando acaba su epístola dirigida al rétor Evagrio (*Ep.* 4): “He escrito la carta junto a la vela de manera descuidada, de modo que si en algo he fallado, no lo juzgues con dureza, como un rétor juzgaría a otro”. Juliano, en consecuencia, pretendía desvincularse del competitivo ambiente cultural del siglo IV¹⁶, optando así por desarrollar una actividad cultural alejada de la búsqueda de la κενοδοξία y del claustrofóbico escrutinio al que se sometían unos intelectuales a otros.

Las fuentes pro-julianeas incidieron en la capacidad intelectual del emperador que lo habilitaba para trabajar y atender varios asuntos al mismo tiempo. En el *Discurso fúnebre por Juliano*, el sofista Libanio recuerda cómo el emperador (*Or.* 18.174) “despachaba sus asuntos, respondiendo en un solo día a continuas embajadas, enviando cartas a las ciudades, a los oficiales del ejército, a los gobernadores de las ciudades, a amigos que se encontraban fuera y a los que estaban presentes, escuchando despachos, examinando peticiones, y haciendo que parecieran torpes las manos de sus secretarios por la velocidad de su lengua. Él fue el único capaz de conciliar tres trabajos diferentes: escuchar, hablar y escribir. Pues prestaba sus oídos al que daba lectura a los documentos, su voz al que escribía y su diestra a quienes le pedían que firmara. Añadíase el hecho

15. C. EUCKEN, “Philosophie und Dialektik in der Kirchengeschichte des Sokrates”, en B. BABLER; H.-G. NESSELRATH y C. SCHAUBLIN (eds.), *Die Welt des Sokrates von Konstantinopel: Studien zu Politik, Religion und Kultur im späten 4. und frühen 5. Jh. n. Chr.*, Munchen 2001, pp. 98-102.

16. L. VAN HOOFF, “Performing Paideia: Greek Culture as an Instrument for Social Promotion in the Fourth Century A.D.”, *The Classical Quarterly* 63.1 (2013), pp. 387-406.

de que no errara en ninguna de estas tareas”¹⁷. Este ejercicio de malabarismo intelectual no cesaba al llegar la noche, pues, como destaca Amiano Marcelino (XVI.5.4), el emperador “dedicaba toda la noche a tres ocupaciones: al descanso, a los asuntos del Estado y a las musas, ocupaciones a las que, según hemos oído decir, se dedicaba también Alejandro Magno”¹⁸.

El propio Juliano alardeaba de haber compuesto su *Himno a la Madre de los dioses* –una pieza retórica de profundo calado filosófico– en una sola noche (Or. 8.178d) y la invectiva *Contra los cínicos incultos* en solo dos días (Or. 9.203c). Este ardor creativo alternaba con periodos en los que el cansancio mermaba sus facultades (Ep. 28): “Comenzada la tercera hora de la noche, dado que no disponía de ningún escriba por estar todos ocupados, con esfuerzo he podido escribirte estas líneas”. En esta carta escrita a los pocos días de la muerte de Constancio II, Juliano, ya emperador en solitario, opta por perfilar un autorretrato que subraya el esfuerzo que debe realizar para atender todos los asuntos de Estado. El contraste entre el vértigo compositivo de las dos primeras obras (*Himno a la Madre de los dioses* y *Contra los cínicos incultos*) y la cansada escritura a la que le obligaban los asuntos del Imperio (nótese el redundante giro μόλις ἵσχυσα, Ep. 28) configura dos perfiles, dos voces distintas: la de un escritor ardoroso en su activismo religioso y filosófico, y la de un emperador cansado pero esforzado cuando se trataba de gestionar asuntos de Estado.

Sin entrar en la quimérica misión de determinar el grado de veracidad de estos pasajes que alimentaron el aura de la personalidad libresca de Juliano, lo que queda claro es que tanto él mismo como sus afines se esforzaron por enfatizar la imagen del emperador como un filósofo que se desvelaba por el destino del Imperio romano, equiparándolo a predecesores reconocidos por su capacidad intelectual como Marco Aurelio –de hecho, la predilección de Juliano por este emperador es una de las claves interpretativas de su diálogo *Los césares*– o Sócrates, como se aprecia en la hagiográfica narración de la muerte del emperador compuesta por Amiano Marcelino (XXV.3) según la cual Juliano, como el Sócrates del *Fedón* de Platón, empleó sus últimos momentos en disertar filosóficamente ante sus correligionarios¹⁹.

Independientemente de su sesgo, la impronta tan ideologizada de la bibliofilia de Juliano en las fuentes tardo-antiguas se explica por la incardinación de su

17. Traducciones de Libanio tomadas de A. GONZÁLEZ GÁLVEZ, *Libanio. Discursos julianeos*, Madrid, 2001.

18. Traducciones de Amiano Marcelino tomadas de M^a.L. HARTO TRUJILLO, *Amiano Marcelino. Historia*, Madrid, 2002.

19. Sobre la iconografía de Juliano como propaganda imperial, vid. T. FLECK, *Die Portraits Julianus Apostatas*, Hamburgo, 2008.

pasión libresca en el marco de sus medidas reformistas. Un claro ejemplo de esta tendencia se halla en el relato que hace Eunapio de Sardes sobre la educación que recibió Juliano. Tras la masacre del 337, Eunapio informa que Juliano fue puesto a cargo de eunucos de la corte real que debían velar por la correcta educación cristiana de Juliano. “Ante estas circunstancias”, escribe Eunapio con la clara intención de marcar un contraste (*VS* 473), “dio muestras de la dimensión de su naturaleza. Conocía todos los libros de memoria de tal manera que aquellos se indignaron por lo escaso de su conocimiento, ya que no tenían nada que enseñar al chico”. Paradójicamente, este fragmento de Eunapio encuadra la bibliofilia de Juliano en un marco competitivo propio de la *kevoδοξία* que este quiso eludir. En un cliché que ha perdurado en el tiempo²⁰, Eunapio presenta a los eunucos cristianos como antagonistas de un joven *savant* cuya bibliofilia no cesó.

Al poco de haber sido nombrado César, Juliano compuso un discurso de agradecimiento a la emperatriz Eusebia por haber intercedido en su favor en varias ocasiones²¹. Con motivo del enlace del nuevo César con Helena, hermana de Constancio II, Eusebia regaló a Juliano (*Or.* 2.123d-124a) “tantos libros de buenos filósofos, historiadores y de muchos oradores y poetas –yo que tan sólo había traído unos pocos de mi casa, movida mi alma por el deseo y la esperanza de regresar a ella lo más rápidamente posible– que colmó mi insaciable pasión por esa compañía y convirtió, en lo referente a libros griegos, la Galia y el país de los celtas en un museo. Aplicándome yo a estos regalos continuamente, cada vez que tengo tiempo, no podría olvidarme de la autora de este beneficio. Incluso cuando estoy en campaña, uno de esos volúmenes, al menos, me sigue, a modo de viático, compuesto hace tiempo por un testigo ocular”. Este elogio de los libros no es un encomio epidíctico *ars gratia artis*, sino que en él subyace una intencionalidad propagandística motivada por la necesidad de Juliano de crear su propio relato tras su nombramiento como César, que supuso un movimiento político que desconcertó a un sector importante de la corte de Constancio II.

En primer lugar, la confesión de Juliano de que su alma (nótese la fuerza semántica del participio *ψυχολογούμενος*) ansiaba regresar a casa cuanto antes es una prolongación de las diversas manifestaciones literarias que se hallan, tanto en su obra como en la de fuentes afines, del tópico de la *recusatio imperii* (e.g.,

20. Léase, por ejemplo, el neogibboniano C. NIXEY, *The Darkening Age: The Christian Destruction of the Classical World*, Londres, 2018, un libro que –en mi opinión– ha acaparado excesiva atención por su decidido carácter polemicista.

21. Sobre las circunstancias históricas que derivaron en la composición de este discurso, vid. P. GARCÍA RUIZ, “Una lectura conjunta del primer *Encomio a Constancio* y el *Encomio a Eusebia de Juliano*”, *Exemplaria Clasica* 19 (2015), pp. 155-173.

Lib. *Or.* 12.38). De esta manera, Juliano perseguía dejar claro que nunca quiso ostentar un cargo político que le fue impuesto pero al que no podía renunciar por ser una decisión de los dioses²². La supresión de toda sospecha de ambición política era forzosa en un bibliófilo cuyo ethos se atenía a los dictámenes de la filosofía. En esta misma línea debe entenderse su reconocimiento a Eusebia, ingeniosamente calificada por Athanassiadi como una “*dea ex machina*” en la biografía de Juliano²³, como una evérgeta por su transformación de un territorio culturalmente bárbaro como las Galias en un *μουσεῖον*, término que aludía a centros de enseñanza de carácter religioso-filosófico que albergaban bibliotecas.

En segundo lugar, Juliano rebatió las acusaciones de bisoñez militar al mencionar que llevaba consigo un viático (*ἐφόδιον*) que, en este caso, eran los escritos de Julio César (el “testigo ocular”, *πρὸς αὐτόπτου*) referentes a sus campañas en las Galias. De esta manera, se defiende Juliano, le fue posible aprender aquello que por su juventud todavía no había podido experimentar (*Or.* 2.124d): “Pensando esto yo mismo a menudo, practico en ellos un entretenimiento no alejado de las Musas, y cuando estoy de campaña quiero llevarlos conmigo como alimentos necesarios. El número de los que llevo depende de las circunstancias”. Por lo tanto, los libros que Eusebia regaló a Juliano se convirtieron no sólo en alimento intelectual que robusteció el aprendizaje de Juliano en las lides bélicas mientras que se hacía con el conocimiento que aporta la experiencia, sino que también conformaron el incipit del proceso de creación de una identidad como César compatible con su irrefrenable inclinación por los libros.

En tercer lugar, esta misma colección de libros regalados por Eusebia, que figuraba como uno de los soportes temáticos del encomio dedicado a la emperatriz, pasó a formar parte del argumentario de la invectiva contra Constancio II que contenía la epístola que Juliano mandó al senado y al pueblo de Atenas para tratar de legitimar su usurpación del poder imperial en París en el año 360²⁴. Constituida por un largo catálogo de agravios que Constancio II había cometido contra él, Juliano describe en esta carta el ambiente opresivo y el escaso poder de decisión que le fue concedido cuando fue nombrado César (*ad Ath.* 277b-c): “A duras penas pude introducir en la corte para mi servicio particular a cuatro de mis propios servidores, dos jovencitos y otros dos más mayores, de los que uno sólo compartía mi fe en los dioses y mis prácticas religiosas con

22. En un sentido similar, léase su *Al Senado y al Pueblo de Atenas* 274b-275b.

23. P. ATHANASSIADI, *Julian. An Intellectual Biography*, Londres, 1981, p. 46.

24. En este punto, Juliano parece seguir las recomendaciones de Aristóteles (*Rh.* 1368a 31-34) referidas a la composición de invectivas mediante el sencillo recurso de subvertir los mismos tópicos empleados para el encomio.

tanto secreto como era posible. La custodia de mis libros le había sido confiada, puesto que era el único que yo tenía de entre mis numerosos camaradas y fieles amigos, a un médico que, como había pasado desapercibida su amistad, me acompañó en el viaje”. Este médico es Oribasio, íntimo correligionario de Juliano al que acompañó en la campaña persa en la que falleció el emperador en el año 363. Más allá del gesto de complicidad entre dos correligionarios, lo que importa en este pasaje es el valor simbólico del libro, convertido en albacea de unos valores culturales y religiosos del programa que Juliano quiso implantar para revertir el proceso de cristianización de la sociedad y de las instituciones tardo-imperiales.

En esa causa reformista se enmarca un episodio que revela cómo determinados episodios de bibliofilia de Juliano deben interpretarse en clave política. A mediados del 362, Juliano envió la siguiente carta a un alto funcionario imperial (*Ep.* 106): “Jorge tenía una biblioteca muy amplia e importante de filósofos de todo tipo, de muchos analistas y la mayor parte de ella de muchos y variados libros de los galileos. Investiga para reunir toda esta biblioteca y piensa en enviárnosla a Antioquía, a sabiendas de que tú serás castigado con una pena muy grande si no rastreas con todo cuidado; a todos los que se suponga que se han apoderado de libros, con todas las encuestas, con todo tipo de juramentos y con la tortura de los esclavos convéncelos y, si no puedes, oblígales a que devuelvan todo”. El Jorge al que alude Juliano era Jorge de Capadocia, que durante un tiempo había estado a cargo de su educación en su estancia en Macellum. La exigencia de Juliano se repite en una segunda carta enviada con un ánimo más sosegado al comienzo (*Ep.* 107: “Unos aman los caballos, otros los pájaros y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído por un terrible deseo de poseer libros”) pero con un tono polemicista cuando Juliano se plantea hacer una purga de algunos de los libros de la biblioteca de su antiguo preceptor (*Ep.* 107): “Tenía muchos de filósofos, muchos de rétores y también había muchos de la doctrina de los impíos galileos; estos me gustaría borrarlos totalmente, pero por miedo de que junto con ellos sean arrebatados también los más útiles, busca asimismo todos aquellos escrupulosamente”. Esta confiscación de libros ha sido interpretada por Javier Arce como una operación destinada a adquirir escritos cristianos de los que Juliano se valdría para componer su *Contra los galileos*, tratado en el que el emperador refutó los principales dogmas cristianos gracias a su conocimiento de primera mano del cristianismo y a la consulta de los libros que componían el grueso de la biblioteca de Jorge²⁵.

25. J. ARCE, *La frontera (Anno Domini 363)*, Madrid, 1995, pp. 59-62.

Aunque tácitamente, las fuentes tardo-antiguas recogen este uso político que en ocasiones dio Juliano a los libros²⁶. Zósimo, un historiador projuliano de los siglos V-VI, incardina la intención de Juliano de construir una biblioteca en Constantinopla como parte de su programa de renovación urbanística en clave pagana (III.11.3): “Allí dispensó sus cuidados tanto a la ciudad como al ejército; a la ciudad le concedió el contar, como Roma, con un Senado, construyó para ella un amplísimo puerto, refugio de los barcos amenazados por los vientos del sur, y un pórtico en forma de sigma más que recto y que se extendía hasta el puerto, pórtico en el cual construyó una biblioteca donde depositó cuantos libros tenía”²⁷. La creación de una biblioteca dinamizaría la vida cultural de una metrópolis en construcción a mediados del siglo IV. De este modo, Juliano dotaría a Constantinopla de un eje cultural alrededor del cual podría tramar una red intelectual que le ayudara a vivificar el neohelenismo tardo-antiguo que estaba siendo sobrepasado por el cristianismo. No debe pasar inadvertida la referencia de Zósimo en relación a los esfuerzos de Juliano por equiparar Constantinopla con Roma, dado que esta ciudad se inclinó por mantenerse fiel a Constancio II cuando Juliano aceptó ser proclamado emperador en el 360²⁸.

Somos seres metafóricos, como comenté al principio de este trabajo. Como tales, necesitamos de las metáforas para crear escenarios en los que hacer converger nuestras experiencias vitales y nuestra imaginación. El historiador Amiano Marcelino también recurrió a la metáfora para expresar su devoción por Juliano. Su apego ideológico y sentimental cristalizó en pasajes como la narración de la reacción de las tropas cuando Constancio II nombró César a Juliano (15.8.16): “Simplemente con observar una y otra vez los ojos de Juliano, terribles y atractivos a la vez, y su rostro extremadamente agradable, descubrirían cómo iba a comportarse, tal como si examinaran un libro antiguo, cuya lectura descubre la interioridad de las almas por la apariencia del cuerpo”. Aunque una primera lectura de estas líneas incita a realizar una interpretación del relato del nombramiento en clave fisiognómica, la comparación entre el rostro de Juliano y un libro revela una sensibilidad especial en la conformación de un universo cognitivo cuyo epicentro era el libro. Dentro del universo metafórico que configuró los símiles

26. P. ATHANASSIADI, *Julian. An Intellectual Biography*, Londres, 1981, pp. 107-109.

27. Traducción de J.M^a. CANDAU MORÓN, *Zósimo. Nueva Historia*, Madrid, 1992. Sobre los métodos de organización del conocimiento en la Antigüedad, vid. J. KÖNIG y T. WHITMARSH, “Ordering Knowledge”, en J. KÖNIG y T. WHITMARSH (eds.) *Ordering Knowledge in the Roman Empire*, Cambridge, 2007: 6-8.

28. A. ROSS, *Ammianus’ Julian: narrative and genre in the Res Gestae*, Oxford, 2016, p. 13.

librescos en la Antigüedad, la metáfora que más me recuerda a José María Camacho se encuentra en uno de los autores que mejor estudió, Diodoro de Sicilia. El historiador informa de la inscripción que daba la bienvenida a la biblioteca sagrada de Osimandias (el faraón Ramsés el Grande): “Sanatorio del alma”. Este Ψυχῆς ἰατρεῖον (I.49.3) fue el lugar más frecuentado por José María, un filólogo para quien, parafraseando a Protágoras, πάντων χρημάτων μέτρον ἐστὶν βιβλίον.

